

CAPILLA ALFONSEÑA

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
CALLE DE MEXICO, MEXICO

ACUARELAS
TROPICALES

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
CALLE DE MEXICO, MEXICO

LAS TARDES DEL MALECÓN
PANORAMAS DE CIELO Y MAR

EL Gobierno Central—según vienen preguntando los periódicos—va a continuar una obra emprendida bajo admirables auspicios, una gran obra de Arte: el ensanchamiento del paseo del Malecón.

Nápoles tiene su golfo; Niza su costa azul; la Habana, su bahía. Desde hace sesenta días estoy gozando de esta tercera maravilla.

En la tarde, cuando la ciudad medio adormecida y quebrantada por el largo baño de oro fundido con que el sol la atormenta, va, poco a poco, desperezándose como una criolla, para sacudirse el bochorno, yo también suelo dejar la calurosa habitación en que viven, penando, mis tristezas, y salir a ruar en busca de aire, que a esas horas la brisa empieza a soplar con adorable

coquetería, y entonces, el clima tropical, como en el verso de Quevedo, *más tiene de caricia que de pena*. Todavía la luz es vivísima en tales horas, y me produce la impresión de que estoy dentro de un inmenso diamante; pero, viva como es, no ciega ya ni deslumbra, antes bien, como que da a los ojos virtudes nuevas para valorizar, con nítida precisión, líneas, volúmenes, matices: el dibujo de sombra oblicua, extendido, alargado, como las visiones del Greco, sobre el asfalto de las avenidas; los caprichosos remates de las casas de cuyas fachadas no se pierde el más ligero pormenor arquitectónico; la perspectiva de las angostas calles, de términos y perfiles limpios, y el hervor humano, las figuras de los transeúntes, diseñadas con finura de miniaturista en la diáfana claridad del aire. Las pupilas, mal heridas por la rabiosa intensidad del sol del mediodía, gozan después voluptuosamente de los placeres de esta luz horizontal que parece hecha con polvo tamizado de piedras preciosas.

Como muchos desocupados, como muchos tristes, busco brisa, consuelo y recreo en la orilla del mar, en el Malecón. Y algunas veces encuentro todo lo que busco; pero una de las tres cosas, siempre la encuentro: el recreo de la mirada, el cuadro de la inmensidad arriba y abajo,

Nada hay comparable a la riqueza de estos crepúsculos.

Sobre un cerco de nubes cenicientas, transfloradas por un dorado resplandor interno, y que separa los dos azules—el corvo azul del cielo y el azul plano de las aguas—, cae, con lentitud eucarística, el sol. Es una enorme esfera de cristal rojo. Se diría que dentro del cristal hay un incendio, una ignición de carbunclos, una quemazón de granates. Desciende el sol por el cobalto del poniente, abriendo, en derredor, sus ráfagas, como rígidas y transparentes alas de oro. Se recuerda la imagen del poeta de los Trofeos. Se ve cómo, después de abrirse, empiezan a cerrarse las varillas del sideral abanico. Ya la bola purpúrea se clava en el friso de las nubes; ya se hunde en él; ya, atravesándolo, se pierde; ya reaparece por debajo del friso, y sigue cayendo hasta tocar la raya marina, y, poco a poco, sumérgese, como para apagarse, en la joyante frescura del Océano. Ya desapareció. Y entre tanto, en el cielo, todo manchado de cálidas tonalidades, empiezan las metamorfosis luminosas más increíbles, los juegos de color más estupendos: cremas de amarillo fúlgido; carmesíes de

sangre resplandeciente; blancos de vellón immaculado. Y luego, por efecto de un tenue y suave desmayo, las manchas de color neto y puro se licúan y funden, empalidecidas, en lilas virginales, en violetas desvanecidos, en anémicos amarantos, en verdes sutiles, que dan al ocaso el aspecto de un ópalo prodigioso.

El mar, refleja este ópalo. Y hace múltiples combinaciones con el reflejo... ¡Qué áureas gasas, qué nácares, qué moarés, qué brocados, qué telas ondulantes, qué redes cristalinas, qué bandadas de encaje, qué tejidos de perlas, qué bordaduras de pedrería, todo rutilante en el rítmico e incesante movimiento, en la mansa tremulación, en el acompasado balanceo de las ondas que tienen no sé qué vaga semejanza con la inquietud de las manos que imploran y de las alas que no pueden volar.

Las barcas pescadoras mueven, á lo lejos, el triángulo albidorado, de sus velas. Un gran buque acaba de dejar el puerto, y emprende, majestuosamente, la marcha. Asomados a las barandillas de cubierta, los pasajeros se agolpan y agitan sus pañuelos, los sacuden en el viento. Se experimenta una extraña emoción viendo un buque que parte. Provoca ese espectáculo algo indefinible como de lágrima y misterio. Se sien-

te que un soplo de fatalidad orea el espíritu. Quisiéramos, como el Santo, estar solos, para llorar en el silencio...

No estamos solos. La multitud nos rodea. Por la amplia calzada, de un gris terso y reverberante, pasan las carretelas abiertas, los autos lustrosos, las ruidosas motocicletas. Las mujeres, vestidas vaporosamente, van en los asientos de *máquinas* y carruajes, mostrando su hermosura opulenta, sus formas estatuarias, sus rostros preciosos y pintados a lo siglo XVIII, y que poseen los dos supremos encantos criollos: la boca, fresca como una fruta, que sonríe; los ojos, brillantes como un lucero, que sueñan. La multitud que recorre a pie el paseo presenta un aspecto uniforme. El blanco domina. Todas las gentes están vestidas con géneros albos y ligeros. Y esto contribuye, quizá, a que la impresión que nos asalta sea como de alegría inconsistente, como de goce frívolo. Los niños, en bandadas, patinan y gritan con regocijo de golondrinas. Los hombres, en corrillos, charlan. En los gestos se adivina el salto del chiste picante, el brinco del comentario picaresco. Suenan risas. Las señoras graves y matronales miran con sereno contento; las señoritas sonríen, saludan, y sus lindas cabezas parecen iluminadas por una ilu-

sión recién abierta. Todo el mundo va, viene, respira a largos sorbos el hálito refrescante que llega amoroso y húmedo como un beso. Todo el mundo siente la alegría de vivir.

Muy pocos somos los que, abstraídos, indiferentes o melancólicos, damos la espalda á la felicidad que pasa y persistimos en la contemplación del cielo y del mar, como si hubiésemos perdido alguna cosa tras esas crueles y esplendorosas lejanías, que no nos quieren devolver ni la esperanza.

Truena un cañonazo. Una invisible banda militar toca los primeros compases de una marcha heroica. Es una añeja costumbre que señala los últimos momentos de la tarde. El cielo y el mar están aún intensamente iluminados. Mas, en gradaciones sucesivas, se opaca levemente la policromía. Los colores son a manera de ojos sonolientos que empiezan a cerrarse. Parpadean. Y la penumbra que se extiende da un misterio más profundo a las inmensidades. La contemplación, en este minuto crepuscular, es anonadamiento. El espíritu se difunde, pulverizado por el ensueño. Un inconsciente panteísmo nos com-

penetra; sentimos unción, éxtasis, dolor, eternidad...

De pronto, picado por el estro del recuerdo, torno a la conciencia de mí mismo. Un telón de sombra es el horizonte. A través de él, como llamas de cirios a través de crespones, brillan las luces de las barcas remotas. Vuelvo la cara a la ciudad. Coches y autos han desaparecido. La curva abierta y soberana del Malecón, adelantándose al anfiteatro magnífico de casas portaldas, está trazada, a la altura de algunos metros, por una línea de focos eléctricos. El efecto es maravilloso. El pueblo, gran poeta anónimo, llama a esta sarta *feérica el collar de perlas*. En sus globos lechosos y equidistantes, las luces se-
mejjan un rosario de gigantesas margaritas, sostenido, milagrosamente, en el aire. En el café de *Miramar*, alumbrado *a giorno*, bullen los parroquianos. En el Malecón quedan sólo algunos rezagados paseantes. La glorieta de la música yergue sobre la vulgarísima columnata su ático circular. Avanzando en la penumbra, en una de las rocas de la orilla, levanta el faro su columna cónica rematada por la movable farola que, en distintas direcciones, lanza sus ráfa-

gas verdes. En el firmamento oscuro se han enclavado las estrellas de plata. Sirio, de palpitations cambiantes, cuelga en la lejanía, como una lámpara. Próxima al cenit, hincada en un nubarrón azul, la luna asoma medio disco de vidrio azufroso. Finge una moneda semienterrada en una gasa. Un halo de herrumbre la circunda. Quedamos en el Malecón unos cuantos rezagados paseantes. La noche principia su divino reinado. La metrópoli resplandece diadema de anuncios luminosos. Delante de mí un grupo de hombres de color—faquines, vocedores, marineros—con andar uniforme, atraviesan, diagonalmente, la calzada, rumbo a la «Punta». Pasa, tarareando—orfeón a la sordina—un canto popular. Es un brusco elogio de Maceo. Tiene amor, fiereza y desencanto...



LA NOCHE DE SAN JUAN

DESDE una calle del *Vedado* que sólo en una acera alza sus construcciones porque del otro es un llano extenso aun no urbanizado, alcanzo a ver, de trecho en trecho, a la orilla de la ribera, las fogatas de San Juan. En el cálido zafir de la noche, tan cuajada de astros que no parece sino que el cielo en primavera va a desplomarse sobrecargado como está con sus floridos luceros, produce una virginal sensación de pureza. En la comba, de bruñida tersura, si se busca, no se distingue el rastro de una nube. Abajo, en la distancia, entre la atmósfera de argento, las luminarias, como flámulas amarillas, enarbolan sus llamas tremulantes. Los cohetes, de vez en cuando, atruenan a lo lejos y rayan, con efímera línea de oro, la palidez espléndida de la lontananza.

No; esta fiesta nocturna no es de la ciudad; es

fiesta del campo. Es la fiesta del verano. La celebración del gozo del hombre por la fecundidad de su madre la tierra. El regocijo de las gestaciones prometedoras. La consagración de la llanura removida por el arado. El festejo del surco abierto. La antigüedad prolonga estas manifestaciones de alegría bucólica. Muchachos y muchachas, pastores y pastoras, estremecidos de cándidas ardentías, cantan y bailan, en corro, alrededor de la chispeante fogata. Es ésta una reminiscencia de la *corona* griega. Bala el ganado en el establo, con gemidos voluptuosos. Los ruiseñores, entre las copas de los árboles, trinan apasionadamente. Las espigas—esmeraldas translúcidas—se balancean, con voluptuosidad, bajo la tibia caricia de la noche. Se oye hervir la savia sobre la costra erizada del terruño. Las flores se inclinan, en deliquios de deseo. El aire está lleno de polen. Las luciérnagas, como aladas cuentas de topacio, se persiguen entre las umbrías. Resuenan largos ósculos en la obscuridad. Pan y Eros, cogidos de la mano, cruzan, riendo y cantando, por un claro de la selva. Están contentos de que todo se ame: el cielo y la tierra, los hombres y las cosas.

Y un pastor soñoliento que, tendido en la cumbre de la montaña, entreveía sobre el azul in-

menso la infinita cintilación de los astros, y que conocía las ruedas diamantinas del Carro, el escondite de las siete cabrillas junto al toro zodiacal, las tres piedras refulgentes del cinto de Orión, el ojo sangriento del polifemo Aldebarán, y la franja de polvo sideral de la Vía láctea, un pobre pastorcillo solitario que, por casto y puro, llevaba, infusa, en el alma serena, la sabiduría de los contemplativos caldeos, tuvo en la noche de San Juan, en la fiesta del amor y de las germinaciones, una visión espantable: descendía de las estrellas irritadas, que entrechocaban unas con otras, como colgantes vasos de luz columpiados por manos coléricas. Aquel chocar centelleante rompía los astros. Los pedazos ígneos caían sobre la tierra entenebrecida, donde la Humanidad, envenenada de odio, de maldad y de orgullo, se había destrozado en medio de una frenética algazara de venganza. Nada quedaba en pie de la fábrica perecedera de los hombres: ciudades, palacios, templos, todo era un hacinamiento de ruinas que humeaban. En el aire endrino revoloteaban, pesadamente, pájaros enormes. De cuando en cuando, una bandada de fuegos fatuos corría por la tiniebla.

Y sentada en un montón de escombros, presidiendo la catástrofe, fantástica y sarcástica, mal

encubierto con un nubarrón de tempestad el descarnado y anguloso esqueleto, la Muerte, la convidadora de la danza medioeval, inclinando el cráneo lustroso, trataba de ensayar un canto de amor en el caramillo de Pan.

¡Quién sabe qué nuevos gérmenes, qué inesperadas fecundidades, qué reconstrucción de vida, qué Humanidad purificada, preparen estas violencias del Universo! ¡Quién sabe qué jugos creadores bañen y nutran las semillas que aun no salen a beber luz a la superficie de la tierra! ¡Quién sabe qué cosechas se recogerán de este verano iracundo, de este festín de destrucción y aniquilamiento, de esta sangrienta, y sombría y extraña noche de San Juan! La Intrusa ensaya un canto en el caramillo del dios mitológico. Es la verbena de la muerte...

El pastor no alcanzó a ver más en los brumosos términos de lo futuro...

NUESTRO PADRE EL ÁRBOL

TODAVÍA están llegando, de distintos lugares de la Isla, noticias y comentarios de las fiestas del árbol. La concisión del telégrafo y los «clisés» del periodismo no destruyen por completo el entusiasmo con que los corresponsales de los diarios escribieron sus respectivas notas. Lo cual quiere decir que la nueva fiesta va teniendo la importancia que se merece. Es importantísima en todas partes. Y pienso que en Cuba lo es más aún. Porque esta tierra incomparable, donde la vida germina con milagrosa actividad; donde crecen mejor las plantas, bullen más inquietas las savias, se alargan más pronto los arbustos, se multiplican con más luz y follaje, y revientan con más hojas las rosas y con más embriagante aroma los claveles, esta tierra privilegiada—tierra prometida—merece también más atención y cuidado de los

hombres, ya que con ellos es tan pródiga y tan fecunda.

El sol tiene un poder de fakir y hace estos prodigios de procreación. Bajo su mirada de fuego la Isla entera se abandona como una joven vencida por el amor y el deseo. Y en estos meses veraniegos, Cuba, a vista de pájaro, debe aparecer como una caprichosa esmeralda, de luces más vivas que las que despide el cabrilleo del zafir marino en pleno día. Toda ella flamea en verdes cenicientos y secos; verdes jugosos y tiernos; verdes oscuros y compactos; verdes diáfanos y sutiles.

No he podido ver mucho el campo cubano. Pero lo que he visto es de un encanto mórbido, semejante al que se experimenta junto a la tentadora voluptuosidad de una mujer en flor. Mas, a pesar de su cálida belleza, de su luz paradisíaca, de sus matices joyantes, de su oriental fertilidad, a estas campiñas, a estos paisajes, parece faltarles, por lo general, una variante: la del árbol.

Hay panoramas suntuosos, de vegetación deslumbrante, hirvientes y ricos de color; pero en ellos suele la forma ser de una pobreza que contrasta grandemente con la esplendidez del matiz. Un pintor llamaría a esto la monotonía de

la línea. Yo he visto dominar en el campo cubano el penacho ondulante de las cañas, la rígida cimera de los cocoteros y el abanico grácil de la palmera.

Yo sé que por distintas regiones hay muchos y muy hermosos árboles. Es éste el país de las frutas tropicales. Hunde la piña, en el recio follaje, su esfericulada masa de oro; columpia el banano su chorro de apretados racimos; saca el aguacate su tersa perilla por entre las hojas lanceoladas; dóblanse las ramas en airosa curva, al peso del anón apelotonado; deja el mamey caer desmayadamente sus grises y ásperas volutas... Es una bendición de Dios esta huerta enclavada en medio del mar.

Pero sé también que hay lugares en donde hacen falta los árboles para completar la armonía y la hermosura de los campos. De los campos y de las ciudades. Porque si en unos, se necesita enriquecer los bosques, necesitase, asimismo, en las otras, multiplicar los parques.

En la Habana, por ejemplo, linda ciudad en la que todo sonríe: el cielo y el suelo, la casa y la calle, la piedra y el hombre, las bocas incitantes de las mujeres y los viejos arcos de los portales; en la Habana, debía seguramente haber más árboles. El árbol es el mejor compañe-

ro de la vida humana. La recrea y la sana. Entretiene los ojos, divaga los pensamientos, purifica el aire. Da abrigo a pájaros y a ilusiones. Da sombra a caminantes y a enamorados. La piedra tallada hace buenas migas con el árbol cultivado. Los jardines son amigos de los palacios. ¿Para qué se hicieron las plazas? Para que las habitaran los árboles.

Bellos parques tiene la Habana; magníficos edificios; damas elegantes, hombres inteligentes. Mas tal parece que la metrópoli, insaciable de sombra y de frescura, pide, no más Rhin, como la ebria de la Dolora, sino más árboles.

Y es que la Habana tiene muchos niños. Es de ver, por las tardes, cuando va cayendo la luz, y la brisa comienza a recorrer la ciudad y a despertarla del sofocado amodorramiento de la siesta, cómo sale la chiquillería alborotadora, alegre cual un enjambre en el momento del vuelo nupcial: un mundo, un gran mundo, un delicioso mundo de Liliput. El nuevo mundo de la vida es el que recorre el Prado, y el jardín de la Plaza de Martí, y el foso verde de la Punta, y las calzadillas del parque Maceo, y la rotonda en cuyo centro está sentado el cuerpo de bronce de don José de la Luz Caballero, que, inclinado en su pedestal, se diría que con ojos de eternidad está

mirando, lleno de bondadosa melancolía, el brote original de la generación que llega...

La ciudad pide árboles, siempre árboles, muchos árboles para estos niños que, en bandadas chillonas, yendo y viniendo, patinan aladamente por las aceras de cemento. No hay camarada más fiel del niño que el árbol. Interviene en sus juegos, como abuelo apacible que se pliega a las caprichosas travesuras del nieto, y lo vigila y lo cuida al mismo tiempo que retoza con él. El tronco es escondite, y la copa, parasol; la rama es columpio, y la raíz, salida al pie, asiento.

Ciudad que tiene muchos árboles, tiene, indudablemente, niños sanos, hombres vigorosos, aire puro y hermoso aspecto. Los árboles cumplen en los campos una altísima misión de cuidar las tierras y las aguas; y en la ciudad, de cuidar las vidas.

¡Bien haya el pueblo que, olvidado de las luchas cruentas, de los crímenes fratricidas, baja las manos para poner una semilla en el surco, las alza para bendecir a Dios en las alturas, y las extiende hacia el horizonte, llamando a las gentes a la fiesta del bien y de la paz, a la santa fiesta del árbol, de las flores, de las aves, de los niños y de las mariposas!